

## 34. Viviendo por la Palabra

**A. T. Jones**

«El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» (Mateo 4:4, RVR1960). Incluso físicamente, el hombre no puede vivir de lo que no tiene vida. El aire muerto es la muerte para quien lo respira. El agua muerta o la comida muerta, de igual modo. Todo lo que tomamos como alimento o bebida debe contener el elemento de vida, o de lo contrario no podremos vivir de ello. Así también, para que los hombres vivan por la palabra de Dios, por la naturaleza misma de las cosas, esa palabra contiene el elemento de vida. Por lo tanto, esta palabra es llamada *la palabra de vida*.

Siendo la palabra de Dios, e imbuida de vida, la vida que hay en ella es necesariamente la vida de Dios; y esta es vida eterna. Por lo tanto, se dice con verdad que las palabras del Señor son «palabras de vida eterna.» (Juan 6:68, RVR1960). Cada vez que la palabra de Dios llega a algún hombre, en ese mismo momento y en esa palabra, la vida eterna llega a ese hombre. Y cuando el hombre se niega a recibir la palabra, está rechazando la vida eterna. Jesús mismo lo ha dicho: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.» (Juan 5:24, RVR1960). Él «que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.» (Juan 5:24, RVR1960).

Jesús usó el ejemplo de nuestro vivir de pan como ilustración de nuestro vivir de la palabra de Dios. Esto no fue elegido al azar. En todas las palabras del Señor, lo que se incluyó en ellas fue precisamente para enseñar una lección sumamente importante. Físicamente, sí vivimos de pan —usando el término «pan» para abarcar todos los alimentos adecuados—. Pero para que vivamos de pan, es esencial que esté dentro de nosotros. Y para vivir de la palabra de Dios, es igual de esencial que esté dentro de nosotros.

Nadie supone que podría vivir comprando el mejor pan y mirándolo ocasionalmente, o analizándolo, y esforzándose por resolver los misterios de su composición y cómo podría sustentar la vida. Sin embargo, miles de personas realmente parecen suponer que pueden vivir de la palabra de Dios de esa manera. Muchas personas compran una Biblia de ocho o diez veces el tamaño adecuado, con muchas notas de oscuros consejos, la ponen en la mesa

central y se enorgullecen de que «creen en la Biblia»; y realmente parecen pensar que de alguna manera misteriosa vivirán así. Pero sería igual de sensato y beneficioso para ellos comprar un pan bellamente decorado de varias veces el tamaño usual, ponerlo en la mesa central, pero no comer nada, y luego proclamar que «creen en la buena vida».

Los hombres no esperan vivir de pan de ninguna manera como esa: y tampoco pueden vivir de la palabra de Dios de ninguna manera así. Para vivir de pan, todo el mundo sabe que debe ser introducido en la boca, masticado y preparado adecuadamente para el proceso digestivo, y luego, al ser tragado, entregado a dicho proceso, para que la vida que hay en él pueda ser transmitida a todas las partes del sistema. Así también con la palabra de Dios; debe ser recibida como lo que es en verdad, la palabra de Dios; debe dársele un lugar en el corazón como *la palabra de vida*; entonces se descubrirá que es, en efecto, *la palabra de vida*.

De hecho, en la Biblia, esta misma idea de vivir de pan comiéndolo, se traslada y aplica a la palabra de Dios. Mira Ezequiel 2:8 a 3:4, 10:

«Pero tú, hijo de hombre, oye lo que te hablo; no seas rebelde como la casa rebelde: abre tu boca, y come lo que te doy. Y miré, y he aquí una mano me fue enviada, y he aquí en ella había un rollo de libro; y lo extendió delante de mí; y estaba escrito por dentro y por fuera; y había escritas en él lamentaciones, y lamentos, y ayes. Y me dijo: Hijo de hombre, come lo que hallas; come este rollo, y ve y habla a la casa de Israel. Abrí, pues, mi boca, y me hizo comer aquél rollo. Y me dijo: Hijo de hombre, haz que tu vientre coma, y llena tus entrañas de este rollo que yo te doy. Y lo comí, y fue en mi boca como miel de dulce. Y me dijo: Hijo de hombre, ve, y entra a la casa de Israel, y háblales con mis palabras» (Ezequiel 2:8-3:4). «Y me dijo: Hijo de hombre, toma en tu corazón todas mis palabras que yo te hablaré, y oye con tus oídos.» (Ezequiel 3:10, RVR1960).

Antes de que el profeta pudiera hablar la palabra de Dios a otros, debía encontrarla como la palabra de Dios para sí mismo. Antes de que pudiera transmitirla como *la palabra de vida* a otros, debía conocerla como *la palabra de vida* para sí mismo. Y para que esto fuera así para él, se le mandó comerla, tragárla y llenarse hasta lo más profundo de ella. Debía oírla y recibirla en el corazón. Y esta instrucción es para todo aquel que quiera vivir por la vida de Dios. Todo aquel que ha tomado sobre sí el nombre de Cristo, es dirigido a «asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano,

ni en vano he trabajado.» (Filipenses 2:16, RVR1960); pero debe ser vida para él en lo más íntimo antes de que pueda proclamarla como la palabra de vida a otros.

Este mismo pensamiento se expresa en otro lugar: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos.» (Jeremías 15:16, RVR1960). Vale la pena señalar que esto no dice: comí los capítulos, o comí los versículos, o incluso, comí los temas. No. Dice: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí» —*las palabras*—. Aquí es donde miles pierden el verdadero beneficio de la palabra de Dios. Intentan abarcar demasiado a la vez, y así realmente no obtienen nada. Las palabras no son nada para nosotros si no captamos los pensamientos reales que pretenden expresar. Y cuanto mayor es la mente de quien habla, más profundos son los pensamientos expresados, incluso en las palabras más sencillas. Ahora bien, la mente de quien habla en la Biblia es infinita; y los pensamientos allí expresados en palabras sencillas son de profundidades eternas porque son la revelación del «propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor,» (Efesios 3:11, RVR1960).

Con nuestras mentes menos que finitas no somos capaces de captar de una vez los pensamientos transmitidos en muchas de las palabras de la Biblia —no somos capaces de comprender las palabras de un capítulo entero, o incluso de un versículo entero a la vez—. *Una palabra a la vez*, de las palabras de Dios, es lo máximo que nuestras mentes son capaces de considerar con provecho. Esto, sin duda, debe admitirlo todo aquel que cree y la recibe como la palabra de Dios, que expresa los pensamientos de su mente infinita en su propósito eterno. Ciertamente, cualquiera que profesa recibir las palabras de la Biblia como la palabra del Dios eterno, que expresa su pensamiento en su propósito eterno, tendría que tener una gran vanidad de sus propias facultades mentales para creerse capaz de captar de una vez el pensamiento de un número de esas palabras. «Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión.» (Romanos 12:16, RVR1960). «Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, sino teme.» (Romanos 11:20, RVR1960). No pienses que es algo demasiado pequeño para ti tomar *una palabra de Dios a la vez*, y considerarla cuidadosamente, y meditar en ella con oración, y recibirla en tu corazón como *la palabra de vida* para ti. Haz esto, recíbelas de esta manera, y encontrarás que esa palabra será para ti, en verdad, *la palabra de vida*, y el gozo y la alegría constantes de tu corazón. No pienses que este es un

proceso demasiado lento para recorrer la Biblia, o algún libro o capítulo de la Biblia. De esta manera la recorrerás con una ventaja infinitamente mayor que recorrerla sin comprenderla. De esta manera obtienes cada palabra, y cada palabra que obtienes es vida eterna para ti. Porque Jesús dijo que el hombre vivirá «de toda palabra que sale de la boca de Dios.» (Mateo 4:4, RVR1960). Esto demuestra que hay vida en cada palabra, y tan ciertamente como recibas una palabra de ella en tu mente y corazón, en esa palabra y por esa palabra tendrás vida eterna.

Mira de nuevo las palabras de Jesús: «El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» (Mateo 4:4, RVR1960). ¿Cómo vives, físicamente, de pan? ¿Es tragando grandes trozos o rebanadas enteras a la vez? —Sabes que no. Y sabes que si intentaras vivir de pan de esa manera, no vivirías mucho tiempo en absoluto. Sabes que, al vivir de pan, lo haces tomando un bocado a la vez, y un bocado adecuado también. Y sabiendo esto, ¿no quiso Jesús, al usar este hecho como ilustración, y en la expresión dependiente, «El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» (Mateo 4:4, RVR1960), enseñarnos que *una palabra de Dios a la vez* es la manera de vivir por ella, así como un bocado de pan a la vez es la manera en que vivimos de pan? ¿No se transmite esta misma lección también en aquella otra escritura: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos.» (Jeremías 15:16, RVR1960)? «Mas tú, hijo de hombre, oye lo que yo te hablo; no seas rebelde como la casa rebelde; abre tu boca, y come lo que yo te doy.» (Ezequiel 2:8, RVR1960). Come esta palabra de Dios. Come «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» (Mateo 4:4, RVR1960). Entonces vivirás de forma saludable y fuerte en las cosas espirituales y eternas, así como al comer el mejor alimento vives de forma saludable y fuerte físicamente. Come este pan del cielo como comes el pan de la tierra, y encontrarás que será para ti en las cosas del cielo lo mismo que el otro es en las cosas de la tierra.

RH, 3 de noviembre de 1896